

Dos fragmentos narrativos de Leopoldo Alas

Sabido es que la obra narrativa de Leopoldo Alas se compone de dos novelas extensas —*La Regenta* (1884-1885) y *Su único hijo* (1890)—, tres novelas cortas —*Doña Berta*, *Cuervo*, *Superchería* (1892)— y cinco tomos de cuentos —*Pipá* (1886), *El Señor y lo demás son cuentos* (1893), *Cuentos morales* (1896), *El gallo de Sócrates* (1901. Fue preparado por el autor, apareció póstumo) y *Doctor Sutilis* (1916. Volumen tercero de unas no logradas Obras Completas; reúne piezas de procedencia diversa)—. Deseos de hacer más copioso este acervo, y planes para lograrlo, no le faltaban a Leopoldo Alas pero unos y otros hubieron de ceder ante las circunstancias, quedándose cuando mejor en fragmentos. Cuentan entre estos últimos los tres capítulos de *Speraindeo* —1889¹— y los siete de *Una medianía* —1889²—, a los que ha de añadirse el par de textos que ahora me limito a exhumar: *Un paraíso sin manzanas* —1886— y *Mosquín* —1887—.

Un paraíso sin manzanas es el capítulo sexto de la novela

(1) Se publicaron en «Revista de Asturias», Oviedo, núms. de 30 de abril, 30 de mayo y 15 de junio. Pueden leerse asimismo en mi selección de *Cuentos* de Leopoldo Alas (Oviedo, 1953), págs. 309-332.

(2) Se publicaron en «La España Moderna», Madrid, núm. de agosto. Pueden leerse asimismo en el volumen *Doctor Sutilis* (Madrid, 1916), págs. 305-335.

en colaboración de varios escritores titulada *Las vírgenes locas*. Sinesio Delgado tuvo la peregrina ocurrencia: «Se trata de escribir y publicar en el «Madrid Cómico» una novela *sin género* ni plan determinado y de la cual cada capítulo ha de ser original de un autor diferente, que lo firmará y se retirará de la palestra sin cuidarse más del desarrollo del asunto ni de lo que harán los que le sigan»; esperaba que le ayudasen autores de nombradía: «tengo muchas probabilidades de que hagan un capítulo de LAS VIRGENES LOCAS los señores Sellés, Pérez Galdós y Pereda, y la seguridad completa de que escribirán el que les corresponda los señores Picón, Alas, Taboada, Ramos Carrión, Segovia Rocaberti, Palacio, Gil, Matoses, Palacio Valdés, Luceño, Estremera y algunos otros!» Diez capítulos y un epílogo dio de sí la invitación formulada por el director de «Madrid Cómico»: rompió el fuego Jacinto Octavio Picón y le continuaron Ortega Munilla, Ramos Carrión, E. Segovia Rocaberti, alguien que se encubre bajo el seudónimo de «Flügel»³, «Clarín», Pedro Bofill, Vital Aza, José Estremera y Eduardo del Palacio, rematando Luis Taboada⁴.

Pienso que el curioso proyecto de Sinesio Delgado le resultó fallido en su realización por dos motivos principales: 1.^o), intentos análogos, aun con plan bien meditado, suelen conducir a nada o a casi nada y en nuestro caso, conforme queda transcrito, reinó la más completa y perniciosa impro-

Véase el artículo que firma Sergio Beser en el núm. 167 de «Insula» (Madrid, X-1960, págs. 1 y 12): «*Sinfonía de dos novelas*». Fragmento de una novela de «Clarín».

(3) Su capítulo, que hace el número V, lleva esta advertencia marginal firmada por «El Director»: «Este capítulo anónimo me fue remitido cuando me ocupaba en buscar quien continuara la novela. Llegó, pues, como pedrada en ojo de boticario. Acompañábale una carta, anónima también, en que se ofrecía la conclusión de él para el viernes; pero a la hora de cerrar el número no ha llegado. Supongo que esto será cuestión de Correos y podré publicar la terminación

visación; 2."), a bastantes de quienes acudieron a la invitación, famosos cultivadores de otros géneros literarios, no les iba el de la novela.

Comenzó Picón complicando los hechos innecesariamente, dotándolos de una misteriosidad de folletín policíaco, con su crimen y todo. Como la cosa así planteada no era fácil de proseguir, los que vinieron tras él se fueron en busca de posibles antecedentes de la historia dando nacimiento a algunos personajes más. Y como el descarrío creciese llegó un momento, a la altura precisamente de la intervención de «Clarín», en que el director de «Madrid Cómico» (ese «Flügel» del capítulo quinto) tuvo que poner su parte en la novela, tratando de recoger los cabos perdidos y de enderezarla para que pudieran continuar los futuros colaboradores de la singular empresa; su propósito queda bien claro en el título mismo del capítulo: «En que, *por fin* [subrayo], se presentan las verdaderas vírgenes locas.» Inmediatamente después le tocó a «Clarín»⁵ y puede afirmarse que compuso el mejor capítulo, con mucho, de la novela.

Mosquín es el capítulo primero y único de la novela que habría de titularse *Palomares*. Su autor lo dio a conocer en «Revista de Asturias», publicación quincenal que dirigía en Oviedo Genaro Alas, hermano de «Clarín»⁶. Ninguna noticia poseemos acerca de este proyecto narrativo, pensado para desarrollo más extenso tal como lo indican, por ejemplo, la alusión al personaje Don Genaro cuyo cabal conocimiento

del capítulo el sábado próximo. Entonces aparecerá la firma, si la tiene. A mí se me figura conocer la letra y el estilo, pero me guardaré muy bien de decirlo.» «Flügel» era el propio Sinesio Delgado, que con su colaboración pretendía enderezar el torcido rumbo impreso a la peripecia de *Las vírgenes locas* por los colaboradores precedentes.

(4) La inserción de *Las vírgenes locas* en «Madrid Cómico» duró (con capítulos repartidos entre dos o más números, con números sin capítulo) desde el 15-V-1886 (núm. 169) al 11-IX (núm. 186).

por el lector queda aplazado para más adelante, o las palabras con que se cierra el fragmento («...como verá el que leyere»). Geografía muy concreta, con topónimos no difícilmente identificables; ambiente asturiano; personajes que acaso coincidieran en algo con gentes conocidas por el autor; y Mosquín, ser desvalido y soñador, pobre niño condenado injustamente por la vida, seguro incentivo para que la ternura cordial de Alas se derramase pródiga. Todo ello se nos quedó, por desgracia, en sólo primer capítulo...

JOSE MARIA MARTINEZ CACHERO

Con igual título y subtitulándose «novela improvisada» debió de publicarse poco tiempo después en volumen, ya que figura entre los «libros recibidos» por «Clarín» según la lista incluida en *Apolo en Pafos* (1887).

(5) Su capítulo se repartió entre los núms. 176 (3-VII-1886), 177 (10-VII) y 178 (17-VII).

(6) Núm. del 15-III-1887, págs. 168-174, tomo II.

Las vírgenes locas

CAPITULO SEXTO

Un paraíso sin manzanas

—Sígueme V. —añadió D. Salustio, cogiendo de la mano a Octavio, que, atónito, con los ojos muy abiertos, acababa de oír tamaña revelación. «¡Son sus hijas las **Vírgenes locas!**» —pensaba—. ¿Qué vírgenes son éstas? ¿Qué hijas son éstas de quien nadie sabía? ¿Por qué me revela a mí tal secreto?»

Por una puerta de escape pasaron a una galería con vistas al jardín; después cruzaron dos salas, amuebladas con lujo elegante y parecidas al despacho en lo de tener sobre alfombra gruesa y muy blanda, pieles muy tupidas. Todas las paredes estaban cubiertas de almohadillada seda; todo contribuía allí a apagar los ruidos. Dejaron atrás un pasillo, y en su extremo D. Salustio se detuvo y abrió una puerta con una llave que sacó de un bolsillo del chaleco.

Volviéndose a Ortega, una de cuyas manos apretaba con la suya izquierda, le dijo sonriendo, con la dulce tristeza de siempre:

—Ahora empieza lo maravilloso. Vea V. lo que vea, no me tenga a mí por loco... aunque me vea hacer locuras. Recuerde que V. no sabe cómo quiere un padre a sus hijos; recuerde que yo soy rico... mucho más de lo que se dice... Adelante.

Un pasadizo estrecho, de paredes de mármol blanco, se presentó detrás de aquella puerta.

—Ya estamos en mi casa griega, mejor dicho... en la casa de mi hija Elena, Cristina cuando Dios quería, ahora Elena: este pasillo es el **zuroreion**, lo que hoy llamaríamos el vestíbulo; sigamos.

Dejando atrás el **pulón** o **zuroreion**, llegaron al peristilo, patio abierto, con pórticos de columnas en tres de sus lados.

—Este es el **aule**; otros le llaman **topos periquion**. Ahora pasemos a esta cámara, que aparece por este lado abierta en toda su

anchura; esta habitación en griego se llama **prostas** o **parostas**. ¿Ve V. esta puerta de la izquierda? Pues ahí detrás está el **thalamos**, y ahí, a la derecha, el **anfithalamos**; después, alrededor de la **prostas**, otros **cubiculos** para mis hijas, para sus criadas y las habitaciones donde trabajan. Todo esto forma el **gineceo** o **gunaiconitis**; la **andronitis** o habitación del marido, está más adelante.

Detrás de esa puerta de enfrente, que se llama **Zura quepata**, está el jardín. Allá entraron mis dos hijas ahora. Pasaremos a verlas en seguida, pero antes... oígame V. Hablaremos aquí en la **prostas**, que le recordará el **tablinum** de los romanos. Siéntese V. y oiga con atención mi secreto.

Entonces reparó Ortega que, esparcidas por la sala, había sillas y taburetes de extrañas formas. Sencillos **difroi** de pies en forma de x, otros de pies en forma de tenazas abiertas y sin respaldo, otros con respaldo y de pies encorvados, **tronos** de respaldo bajo, **tronos** de respaldo alto, **tronos** con banquillo para los pies, alternaban con otras sillas que se llamaban **clismoi**, **clinter** y **clisie**; había allí también una silla larga o lecho de Procusto, dos **clinoi**, destinadas al reposo, parecidas a nuestros sofás. Al lado de las **clinoi** había sendas mesas, no más altas que los asientos de tres pies, y pequeñas. Los pies de estas mesas eran de bronce, y representaban piernas de animales acabadas en pezuñas. Completaban el mueblaje dos cofres parecidos a las maderas llamadas **jelus** y **foriamos**, cuyas tapas ostentaban relieves de artística invención, riquísimo trabajo que revelaba su alto precio. Una de estas arquetas o baúles estaba adornada con multitud de clavos brillantes. Sobre las mesitas, y también sobre alguno de los bancos, había muchos vasos de elegantes y variadas formas, tales como se han encontrado en Veci (Opola Faswre), Clusium (Chiusi), Valterra y Adria. Había entre esta cacharrería clásica ánforas de dos asas, como las que servían de premio en las Panateneas, **pitoi** sencillos, **stamnoi**, **bizcoi**, **udria calpis**, **crosoi**, **laquinoi**, especie de botella, un **cazón**, un **bombulios**, dos **lecuzoi**, un **alpe** y un **alabastrón**.

Octavio se sentía mal contemplando todos aquellos jarros y vasos esparcidos por la mansión de dos mujeres locas... Todo aquello podía servir en un momento dado... para tirárselo a la cabeza a un importuno. Ortega era nervioso y ya creía sentir el ambiente de la locura que se filtraba por los poros de su cuerpo...

D. Salustio Durante comenzó a hablar. Su voz volvió a la realidad a su amigo. El tono era más dulce que solemne, la narración sencilla en la forma.

—Yo me quedé viudo a los nueve meses de mi boda —decía el editor—. Mi mujer murió al dar a luz a la segunda de estas dos hijas mías, gemelas. Yo, inmensamente rico por la herencia intestada de un tío muerto en América, me había jurado consagrarme al estudio de por vida cuando era pobre; después de heredar ratifiqué mi promesa, y poniendo mi fortuna a parir por medio del ahorro y de empresas muy lucrativas, dediqué mi esfuerzo personal a la psicología. Durante muchos años, para mí no hubo en este mundo más que la misteriosa **psiquis**; enemigo declarado del materialismo, por odio a esta escuela, me arrojé al idealismo más exagerado, y quise probar que el cuerpo no era más que un producto del esfuerzo anímico, obra del alma. Pero al llegar a los treinta años, virgen como la nieve del puerto, puede V. creerme... determiné enamorarme y casarme, porque para los experimentos de mi privilegiada introspección necesitaba observaciones propias sobre el amor, la paternidad y la psicología de los niños. No se ría usted, amigo Ortega.

—No, señor; Dios me libre.

—Quiero decir, que no se ría V. por dentro. Quise casarme enamorado de veras, y como en España no acababa de conseguir mi objeto, viajé en busca de la mujer más hermosa del mundo. Por un contraste muy natural, mi cuerpo flacucho y nervioso me pedía una hembra espléndida, una figura arrogante, formas perfectas y nada nimias; en fin, que quería casarme con la... **materia radiante**.

Corriendo el mundo llegué a Circasia... y allí por fin, y abreviando, me casé con una española, hija de un arqueólogo español tan conocido como notable, que andaba por aquellos países buscando botones o medallas. En fin, me casé con su hija de cuya hermosura podrá V. tener idea exacta cuando vea a mi Elena y a mi Carmela, que son dos gotas de agua parecidas a una tercera que fue su madre. Mi mujer, educada por su padre para Pitonisa o poco menos, sabía mucho más que yo, que sé bastante, y tenía el alma tan hermosa como el cuerpo. Era de una castidad ejemplar, y en ella el comercio matrimonial era, ante todo, una delicia sobrehumana, pero en la forma algo así como el rito de un culto pitagórico. Si dentro del matrimonio el acto carnal se purifica, puede decirse que mi matrimonio estaba dos veces purificado. Era aquello todo lo que yo podía soñar. La mujer perfecta, el amor perfecto, eran mi riqueza más preciosa. Nueve meses fui dichoso como nadie puede imaginarse. Muerta mi Eufemia, todo el ardor de mi voluntad

se concentró a mis hijas, y mi anhelo único era tener en ellas, en alma y en cuerpo, dos espejos de su madre que, puesto uno enfrente al otro, me estuvieran ofreciendo reproducida en indefinido número de imágenes a la mujer adorada por siempre perdida; pues aunque en otro mundo vuelva a juntarme con ella, tendré su espíritu, mas no su cuerpo. Mi suegro había perecido en Oriente a manos de no sé qué raza de beduínos. La educación de mi Elena y de mi Carmela me costó mucho dinero y muchos cuidados. La Naturaleza quiso ayudarme, y al formarlas tan hermosas, y tan igualmente hermosas, me colmó de alegría. —Hizo una pausa D. Salustio, y continuó: —Todo lo que hace años padezco, debo llevarlo con paciencia recordando lo muy feliz que he sido.

En aquel momento se abrió con fuerza la puerta del jardín. Bajo el dintel aparecieron dos figuras blancas, altas, esbeltas, arrogantes, unidas por las manos. Eran Elena y Carmela; las dos hermanas gemelas, las vírgenes de escultural hermosura. Eran idénticas. Su belleza era tal, que al querer reproducirla la Naturaleza en una de ellas, no había encontrado nada más perfecto que el molde de la otra; los ojos, recreándose en la belleza de la una, pasaban a la hermana, satisfaciendo una especie de gula del mirar. Eran la apoteosis de la carne. Blancura sonrosada, uniforme, proporciones perfectas, curvas graciosas, turgencias adorables, cuya abundancia estaba como compensada y reducida, gracias a la amplitud del conjunto, no de otro modo que la cúpula de San Pedro en Roma no parece al viajero tan grande como es por las buenas proporciones del edificio todo. Allí la expresión era la grandeza directa, armónica, no la gracia, ni la sal, ni la malicia. Aquella carne de mujer no podía menos de despertar en seguida la pasión correspondiente, el amor sexual; pero toda sensación voluptuosa se contenía, o mejor, se depuraba en cuanto los ojos de Carmela o de Elena miraban cara a cara como solían. En aquellas miradas de ojos negros, profundas, transparentes, había un brillo extraño, casi se diría un sabor de castidad artística... y además, de otra cosa que no se dice bien... Lo que siente el alma noble ante el desnudo del arte y ante la desnudez del anfiteatro, eso se sentía ante aquellos ojos que inspiraban amor sin querer, que encendían hogueras sin saberlo, que imploraban compasión siendo soberanos, que pedían el amparo de una idea siendo ideales, ojos, en fin, que retrataban el alma hermosa enferma. Podía decirse que eran aquellas mujeres, con aquellas miradas, el símbolo de la idealidad loca. Sólo se distinguían por la forma del vestido, tampoco por su color. Carmela vestía de monja, un poco teatral, toda de blanco, la toca como el hábito. Calzaba alpargatas, sin medias, y se veían sus pies hasta

el tobillo, cuando andaba. Elena ostentaba su plástica belleza sin el encogimiento que su hermanita revelaba bajo el hábito, sin aquellos temblores de castidad que rizaban los pliegues del traje de la monja como una brisa tenue riza la superficie de un lago; Elena, como aún estaba vestida de sutiles paños, dejaba adivinar de cerca, bajo la blancura de un elegante **ampejonión**, de mangas abiertas, sus formas de Juno, la de los brazos blancos, como dice Homero. Debajo del **ampejonión**, más ceñido al cuerpo gracioso y fuerte, vestía un **jitón** de pliegues abundantes en la cintura. Una trenza fertilísima, abundante de pelo como la endrina, coronaba la cabeza pequeña y fina, ciñéndola como una gran rosca tejida; por debajo de esta trenza brillaba una especie de diadema llamada **estefané**. Calzaba Elena la graciosa sandalia (**sándalen**), cuyas cintas y correas, en complicadas vueltas entrelazadas, se juntaban en un **fibula** en forma de corazón.

Al ver a Octavio, Carmela palideció, bajó la mirada, cruzó las manos sobre el pecho, inclinó la cabeza y dando media vuelta se volvió al jardín.

Elena sonrió, miró al joven cara a cara, y con una voz muy dulce, un poco hueca, dijo lentamente:

—Mi pobre hermana... está loca.

Octavio y D. Salustio se habían puesto de pie. Elena se sentó en el lecho de Procusto, cerca de Ortega, y alargándole una mano, le dijo:

—Siéntate aquí, extranjero.

A una seña de Durante, Octavio obedeció.

Los ojos de la loca le miraron de cerca. Octavio creyó que el alma se le llenaba de una borrachera mística; se sentía mareado en un mar de delicias... El brazo blanco, desnudo, de Elena, se apoyaba en el respaldo del lecho, cerca del codo del novelista.

D. Salustio espiaba las emociones de su amigo. Era un contratiempo la presencia de Elena antes de que él hubiera podido explicar a Ortega sus planes, y el género de locura de sus hijas.

Octavio, envuelto en la atmósfera de una voluptuosidad extraña, en que entraba por mucho la ausencia de la razón, tenía deseos íntimos de llorar sin pensar ya en Durante dejó que su mirada se anegase en los ojos negros que le sonreían desde el infinito misterioso del amor loco. Elena ahora callaba, sin que su mirada se turbase ni cambiara de expresión; sólo su carne, la del rostro y

la de la garganta, descubierta, pasó del rosa pálido al encarnado de la pasión viva; su fuerte seno palpitaba con ansiedad bajo el lino vaporoso.

El amor despertaba en ella como un recuerdo; respiraba y miraba como apagando una sed ideal, adormecida en el sopor de la fiebre. D. Salustio espíaaba sonriendo con dulce tristeza.

Habló Elena de la locura de su hermana, que estaba enamorada de Jesús y le veía en místicas apariciones, gracias a la industria de bien sabía ella quién; y al decir esto, miró a su padre sonriendo. —Este es mi padre —dijo— y le tendió una mano cariñosa, mientras apoyaba la otra familiarmente sobre el hombre de Octavio.

—Mi padre nos adora. Mi pobre Carmela debía estar en un manicomio; pero nosotros nos hubiéramos muerto de pena viéndola marchar, y mi padre se ha industriado de modo que el mundo ignora que vivimos, y Carmela ignora dónde está el mundo. Sus accesos se convierten en arrebatos inofensivos de místico fervor, gracias a mi padre. Yo la cuido y la mimo y la hago creer que esta casa griega, que mi padre hizo así por cumplir un capricho mío, es un convento. Y un convento viene a ser en rigor, porque yo, Elena, soy una encarnación de la Venus Urania, del amor ideal...

Octavio, al oír esto, se puso en pie por un movimiento instintivo. Tuvo miedo el cobarde a la Venus Urania que hasta entonces había hablado con tanto seso, y sintió de repente apagados todos los fuegos que aquel contacto de la hermosísima hembra había encendido en él.

Elena también se levantó y siguió diciendo:

—¿Tú has leído a Hégel?

—Sí... algo... —balbuceó Ortega— He leído **La Lógica**, traducida por Fabié.

—¡Puf! ¡Fabié! —exclamó Elena—. Pues bien: Hégel dice que todo lo real es racional, y yo entiendo que todo lo ideal llega a ser real. No hay belleza soñada por filósofo o poeta que no llegue a ser realidad algún día. Por eso los profetas aciertan. Lo que el profeta anuncia se realiza, no porque estuviera escrito, sino por la fuerza plasmante de la imaginación del profeta. Pero, siéntate a mi lado, y entenderás mejor.

Ortega obedeció. Ahora las rodillas redondas y excitantes de Venus Urania tocaban con las rodillas del novelista, que perdió

otra vez el miedo, y volvió a sentir, con menor fuerza que antes, un calor que le abrasaba las entrañas con delicia inquieta.

—El amor —prosiguió aquella Hipatia de las Vistillas— tuvo su expresión ideal más grande y noble en la creación mitológica de Venus Urania; el amor casto y razonado; el amor lógico, puro y ennoblecido por la idea, el que cantó Platón en sus divinos diálogos; el que Sócrates ensalzaba en el **Banquete**, lo representa Venus Urania. Pero Venus era un sueño de la fantasía griega; y como todo lo bello y grande debe realizarse un día... después de siglos y siglos nació yo, que viví muchos años ignorando esta mi segunda naturaleza, llamándome Elena (Cristina era su nombre de pila, pero ella se había olvidado del santo de su nombre), hasta que un día... día horriblemente solemne, se me reveló mi condición de diosa; yo era ,sin saberlo entonces, la Venus Urania...

Octavio sudaba. Otra vez sintió la aprensión extraña de notar que la locura le entraba por los poros y le hinchaba las meninges en el acalorado cerebro.

—Mi pobre padre —prosiguió Cristina, o Elena, o Venus— ignoraba también quién era yo. Habíame educado en el más puro idealismo, eso sí, y mi educación, como la de mi hermana, era armónica y de una castidad inmaculada; nuestro cuerpo, como nuestra alma, había recibido todo el impulso exterior necesario para criarse fuerte y hermoso; el baño, la gimnasia, la equitación, la higiene general más sabia y perfecta presidieron a nuestro desarrollo, mientras el espíritu se amamantaba con la más saludable enseñanza armónica y omnilateral, como mi padre decía. Pero yo era Venus, y esto era lo que ignoraba mi padre; Venus la casta; Venus la del amor puro, intachable; Venus la ideal, el **Logos** del Amor. Un día se acercó a mí un hombre, un bárbaro; yo leí en sus ojos lo que Gala Placidia debió de leer en los de Ataúlfo, si es que se casó con él por amor; el contraste de su fiereza me inspiró una pasión alta, sublime; quise hacerle mío, es decir, convertirle de aquel amor feroz que se adivinaba en su mirada, al amor noble y santo, al que no necesita no sé qué íntimos contactos asquerosos que conmigo son imposibles. ¡Imposibles!

Y al decir esto se puso en pie, con majestuosa compostura, la cabeza erguida, la mirada centelleante... Era la imagen de la castidad furiosa...

—Tranquilízate, Elena —dijo D. Salustio apoyando una mano en el hombro de su hermosa Cristina, más bella cuanto más loca.

Octavio volvió a tener miedo. ¿Qué papel representaba él allí? ¿Cuál había sido el propósito de Durante al hacerle entrar en aquel secreto de su vida doméstica?

Elena no quería tranquilizarse. Los recuerdos la habían exaltado. D. Salustio, logró, a fuerza de halagos y reflexiones tomadas a la filosofía platónica, que Venus Urania sabía al dedillo, reducirla a recogerse en su **cubiculum**, y él la acompañó, dándole el brazo. Octavio, a cada momento más asustado, cuando se quedó solo tuvo más miedo. Ahora temía que por la puerta del jardín entrase la otra, la monja, a romperle un hueso, en nombre del idealismo cristiano, de la castidad religiosa. Por si acaso, cogió por un asa una de aquellas ánforas que servían de premio en las fiestas Panateneas, decidido a usarla él como arma ofensiva en un caso de apuro.

Volvió D. Salustio y explicó a su amigo en breves palabras lo que Octavio aún no había podido comprender. Ello era que aquellas hijas, educadas en una perfecta sabiduría y en una perfecta ignorancia de las relaciones del sexo, criadas sin maceraciones, ayunos ni demás detrimentos del cuerpo, en ejercicios corporales de la más pura higiene, entre ejemplos y costumbres de un irreprochable idealismo armónico, en que al alma se le debe todo lo que pide su pureza y al cuerpo todo lo que reclama su desarrollo natural... aquellas hijas queridas se habían vuelto locas. La locura de Carmela había precedido en un año a la de Cristina. Carmela se había decidido, por la libertad de ideas que su padre las dejaba a las dos, por los libros del misticismo cristiano, y había ofrecido, desde los quince años, su pureza a Jesús. Había estado algunos meses en un convento, bien a pesar de D. Salustio, y las madres se la habían devuelto en aquel estado... loca. Su exaltación no tenía límites; se empeñaba en tener apariciones palpables del Esposo Místico, y como la alucinación no se presentaba, el furor de la desgraciada era espantoso. D. Salustio al fin había discurrido una estratagema. Merced a ella, Carmela se calmaba y además se conseguía que fuera obediente, y entre acceso y acceso no diera motivo para ningún cuidado. Humilde, suave, el mandato de Jesús era su ley, y le esperaba como una enamorada aguarda el día de una cita. Aquellas apariciones de Jesús, que se repetían de mes en mes próximamente, convertían en un ser inofensivo a la que, sin ellas, era peor que una fiera hircana.

—Pero, amigo —proseguía D. Salustio, suspirando—, el caso de Cristina es diferente... y mucho más difícil de resolver. Elena, como ella se llama, soñadora, espiritual, jamás manifestó deseos de entrar en un convento, y su castidad y la pureza de sus ideas,

eran no menos admirables que las de su hermana, pero creía que el amor puede ser humano sin dejar de ser puro. Admitió las relaciones que le propuso un bizarro capitán de caballería, que escribía poemas filosóficos, pero que era, por lo demás, muy guapo mozo, sanguíneo, valiente, de una salud como un roble. Evaristo, que así se llama, Evaristo Quiñones, no tuvo inconveniente en dar a sus amores mi hija todo el vuelo ideal que ella deseaba. Se quisieron como Dante y Beatriz, todo lo que se quiera; pero el chico, como es natural, esperaba desquitarse de tanta idealidad en contrayendo justas nupcias; no sabíamos ni él ni yo la que nos esperaba. Se casaron... fueron a viajar... y a los ocho días, el capitán de caballería me entregaba a Cristina, diciendo que estaba loca, que le había querido matar más de cien veces porque él exigía... lo que era natural y justo que exigiese una vez marido legítimo. No hubo divorcio, ni anulación del matrimonio, ni cosa por el estilo. Pero Evaristo no pudo resistir la presencia de su mujer, que no quería ser suya, y además, Cristina llegó a aborrecerle de modo que, aun sin exigir él nada, se enfurecía en su presencia. Marchó Quiñones de esta casa, se fue a servir lejos de Madrid, y me advirtió que él seguía siendo el esposo de su esposa; que si ella volvía a la razón suya era... porque ya que, irracionalmente, yo me oponía a llevarla a un manicomio, él, a pesar de su valor acreditado, no lo tenía suficiente para vivir en mi casa, y se iba para no ser un día, o más probable una noche, víctima del furor de castidad de su media naranja. Y ésta es la situación, Octavio. Yo no he querido jamás separarme de mis hijas, locas tal vez por culpa de mi psicología introspectiva y de mi sistema de educación armónica. La salud en su cuerpo, animado por tanto idealismo, se ha convertido en un veneno. Pero yo no quiero renunciar a su hermosa salud ni a su pureza. En un manicomio... yo no sé lo que sería de ellas... Su locura, además, no es tal que merezca el manicomio; sobre todo, allí no sabrían tratarlas como yo... Tal vez... en fin... yo lo he sacrificado todo a ellas, y aquí vivo ocultando al mundo todo esto, dándome a la sociedad como un viudo sin descendencia.

Pero vuelvo a Elena. La naturaleza en ella no deja de cumplir sus leyes, como V. comprende. Si Carmela se contenta con el amor de Jesús, y sus apariciones inocentes (ya sabrá V. quién es el Jesús de mi hija), Elena suspira constantemente por el amor humano. Pero hay dos gravísimos inconvenientes: ella sólo quiere el amor ideal, lo que se llama vulgarmente amor platónico, amor de deliquio, en que el contacto de los sexos no pase de las corrientes de las miradas y del apretón de manos a lo sumo. Sí, Elena se complace en estos preliminares de amor carnal... y los busca... y... lo

que es peor, se exalta por su ausencia. Los accesos son terribles... pero ¿qué hacer? Ella aborrece al único hombre que tiene derecho a su amor; su presencia la hace llegar al paroxismo de la cólera, porque sospecha que Evaristo quiere reclamar lo que en justicia le pertenece. Además, Quiñones no se presta a nuevos ensayos. Jura y perjura que su naturaleza de capitán de caballería, aunque sea de capitán poeta, no le consiente quedarse a media miel en el amor, y que aparte de que su mujer acabaría por ahogarle un día, los esfuerzos que él hiciera para consentir en verla y hablarla... y nada más, le quitarían al cabo la salud. En fin, que no quiere volver por casa. Y repito que sería perjudicial su presencia. ¿Qué hacer, vuelvo a decir, amigo Ortega?

Octavio quiso leer en el silencio y en la mirada de D. Salustio una súplica y una proposición atrevidísima.

—Hace meses —prosiguió el editor— que mi hija me atormenta exigiéndome... un esposo digno de Venus Urania. Quiere un esposo que con ella platique en el jardín a la luz de la luna sobre las ideas, y se mire en sus ojos para ver en ellos el arquetipo de la Idea Una... ¿Dónde encuentro yo ese hombre?

—Como no sea en alguna novela de Octavio Feuillet... —se atrevió a decir Ortega ruborizándose.

El pensamiento de que se pudiera desear que él fuese aquel esposo de mentirijillas, le horrorizaba... y al mismo tiempo le sabía a una voluptuosidad exquisita. ¡Qué sabrosísima obra de caridad se podía hacer! Si, pero... ¿y el peligro de morir a manos de una loca? ¿Y las dificultades, tal vez la imposibilidad de contener los impulsos de la carne en el punto **platónico**? Y suponiendo que Elena se diese a partido y al fin sucumbiese al amor real, ¿no era aquel amor una felonía? ¿Podía él engañar así a una inocente loca y a un amigo como D. Salustio?... ¿Pero qué estaba pensando, si tal proposición, ni se le había hecho, ni D. Salustio soñaría con ella siquiera?...

Vaya si soñaba. Mientras Octavio pensaba así, Durante le observaba. Y al fin dijo:

—¿A que no sabe V. lo que acabo de ofrecer a Elena para hacerla acostarse y callar? La he ofrecido que esta noche quedará desposada con el hombre ideal capaz de comprenderla. La he dicho que este hombre era el extranjero que había hablado con ella momentos antes.

Octavio dio un brinco y se puso como una cereza.

—¿Y sabe V. lo que respondió mi hija? Pues dijo: «Lo he leído en sus ojos.» Y después: «Esta noche saldrá la luna llena.»

Hubo un silencio solemne.

Octavio sentía que las palabras de Elena le regaban el alma con un fluído que refrescaba las más hondas regiones de lo inconsciente en el espíritu. Y en el cuerpo sentía una insidiosa voluptuosidad que ya era una traición cierta.

Como Ortega no decía nada, D. Salustio prosiguió:

—Y ahora, amigo mío, antes que salga la **luna llena**, vámonos de aquí. No se preocupe V. por lo de la novela. Puede V. emprender otra... con el mismo título. Tal vez lo que aquí ha visto le sugiera un argumento. Vámonos. Con Elena yo me compondré... aunque no sé cómo. La infeliz va a padecer mucho... Su acceso va a ser terrible...

—¿Padece mucho... cuando...?

—Sí, mucho. —Una lágrima asomó a los ojos del pobre viejo nervioso—. Vámonos, vámonos —prosiguió.

Pálido como la cera, Octavio tendió la mano a D. Salustio, y exclamó:

—No; quedémonos. ¿Se fía V. de mí?

—Con toda el alma.

—Pues esperemos la **luna llena**.

Aquella misma tarde se celebraron las fingidas bodas de Elena y Octavio. Venus Urania, la pobre loca, se creía desligada para siempre de Evaristo, su legítimo esposo. Y así como D. Quijote entendió que para verse armado caballero convenía atender a las ceremonias que le impuso el ventero, y pasó la noche velando sus armas, Elena, en el extraño rito que ella inventó, juntando reminiscencias de sus lecturas clásicas con sugerencias de la fantasía extraviada, dispuso que, después de vestido Octavio con un blanquísimo jitón de lino, y previo un baño aromático, ambos pasarían gran parte de la noche solos en el cenador del jardín contemplando la luna llena y hablando de amor por el estilo platónico. A todo se avinieron D. Salustio y Ortega, el cual pedía fuerzas al cielo para poder resistir las graves tentaciones de que esperaba sin falta verse

acosado dentro de poco. D. Salustio no hacía máe que mirar a Octavio como quien implora compasión y de camino echa una sonda en el ánimo de aquél a quien depreca; y se rascaba la punta de la nariz de vez en cuando, signo inconsciente de lo peliagudo que el caso le parecía.

Llegó el momento crítico. Disipose el aparato de la ceremonia fantástica y pagana; las **teorías**... de criados se deshicieron; en brazos de Octavio (primer apuro) pasó el umbral de la casa Elena, y con éstos y otros aspavientos clásicos, llegó, como decía, la boda al punto de quedarse a solas en el jardín los fingidos esposos.

Antes de separarse de ellos D. Salustio apretó la mano con fuerza a Octavio.

—En V. confío... —le dijo—, V. es hombre de honor...

Octavio, pálido de emoción y un poco frío, inclinó la cabeza en silencio. Aunque la tarde había sido todo lo calurosa que suelen ser las de Madrid en esta época del año, y la noche no entraba con menos fuego, Octavio, no acostumbrado a la ropa talar, sutil y flotante, temblaba a ratos debajo de su jitón simplicísimo, pues su traje a la moderna había desaparecido por completo.

Salió la luna, redonda, roja, y Octavio estornudó tres veces. Elena sonrió, tendió la mano a su amante esposo y le sentó a su lado en un banco de césped bajo la bóveda de jazmín fragante y de madreselva.

—¿Tú no has leído el Código de Manú? —preguntó la esposa.

—Algún extracto —contestó el esposo, que precisamente pensó que estaba allí como en calzoncillos, pues la poca ropa de lino que le tapaba las piernas, no equivalía a unos pantalones.

—Pues allí se habla, como sabes, de ocho clases de matrimonios, y una de ellas es la de los **músicos celestes**. Sean nuestras bodas de esta clase; músicas celestiales nos arroben, y al calor de nuestras ideas, y al frotar de nuestras miradas brote el sagrado fuego del amor sin mancha con que sueñan todos los hombres, y al que renuncian los más, al cabo, por una especie de abdicación del espíritu. Díme tú, esposo mío, alma hermana de la mía, botón del mismo ramo, pétalo de la misma flor, confiésame tus deseos más callados, más escondidos, tus sueños muertos en flor, tus ilusiones casi olvidadas de puro recónditas y marchitas. ¿No es verdad que en el fondo del amor, según pudiste gozarle en el mundo, encontraste un desengaño? ¿No es verdad que después de unirse

los cuerpos en ese abrazo íntimo que yo ignoraré toda la vida, hay una tristeza disimulada, un silencio penoso, un gemido sofocado de las almas oprimidas, que mientras la carne se estruja gozando, se sofocan llenas de mortal hastío? ¿No es verdad, mi esposo, que tú, y mil como tú, quisisteis en vano allí, en sueños, a la mujer completa, a la mujer que fuese compañera del cuerpo y también del espíritu? Necesitáis compañera para las fatigas vulgares de la vida; queréis blanda almohada de amor, de ternura y caricias para descansar de las faenas ordinarias, ¿y no habéis de necesitar una compañera o amiga, lecho de rosas del espíritu, cuando volvéis muertos de fatiga y desaliento de las batallas de la conciencia, de las tremendas derrotas en que os vence la duda, dispersando y acorralando y aniquilando todos vuestros miserables ejércitos de ideas disciplinadas? Las lágrimas más dulces y sublimes que llora el hombre, no las ve la mujer ni las comprende. Cuando lloras de admiración ante la obra del genio, o ante una ráfaga de caridad verdadera, o ante la tristeza santa de la miseria humana, oscura, resignada, sublimemente resignada y sola, o lloras porque la fibra más misteriosa del sentir es herida por brisa espiritual desconocida, y rezuma la sangre del llanto, jamás en estos grandes momentos de la vida te acompaña, pobre mortal, la mujer que llamas tuya. Iguálame a ti, júntame a ti, esposo mío; abrázame con el corazón, dignifícame en tu espíritu, úngeme de la esencia de tu persona, arráncame a la soledad que rodea a mi alma, y arráncate de la soledad que rodea a la tuya; júntense de verdad los corazones... la vida es un desierto; esposo y esposa, dos pastores que en él se cruzan por azar... ¡y han de pasar uno junto a otro sin hablarse, sin amarse de veras! No, no; júntense las almas, que no sólo se mezclen los hatos, sino también los pastores; hagamos de la vida una alegría por el placer inefable de ser dos... Mira mi pobre hermana; ella también busca compañero, pero como está loca, por una triste herencia, quiere que sea Dios quien la acompañe en el desierto... Dios, es decir, El, que tiene por su naturaleza que estar solo. No, no; el amor no es con el uno: el amor es unísono, el amor es con **lo otro**, con lo distinto, amar es prestar algo, dar algo, sacrificarse, y Dios no necesita de nosotros. Mi hermana busca a Dios, y así no hace más que seguir ahondando en la soledad... yo, con la misma pureza que ella, con el mismo afán ideal... busco al hombre al ser finito capaz de amar y ser amado; a lo divino, sin dejar de ser humano; ¡oh suprema felicidad, posible en la tierra!

Juntó las manos Elena, alzólas al cielo, miró a la luna estática... y después, temblando toda, encogió los hombros, estrechó entre ellos la garganta, inclinó la cabeza, cruzó los brazos y se acercó a

Octavio más, como buscando un nido en su regazo, un apoyo en su pecho.

Ortega, que hacía rato daba diente con diente, porque, a pesar de todo, se moría de frío en aquel traje, y tenía ya el terror pánico de la pulmonía; Ortega, digo, no pudo resistir a la tentación de dejar que Elena se le arrimase. No fue la voluptuosidad quien le venció, sino el frío. Aquel calor humano, suave, aromático era irresistible; el honrado joven no tuvo valor para resistir aquel abrigo que se le arrimaba amorosamente.

Elena quedó como embelesada. Reinó el silencio, en que resaltaba el rumor tenue de la brisa jugando con las hojas de los árboles. La luna se escondía, ya pálida, en el cielo límpido por una escala de nubecillas largas y tenues de un gris indefinible orlado de plata. A lo lejos sonó de repente un piano de la vecindad, tocado por una mano experta.

Aquel piano hizo a Octavio pensar en la realidad. «Aquí todos estamos locos, se dijo, y un loco no es responsable, y yo voy a hacer una barbaridad...»

—¿Me quieres? —le preguntó una voz dulcísima y apasionada que sonó junto a su pecho.

—Sí, sí, sí... te adoro... eres mía, Elena mía... — y levantó entre sus manos la cabeza de la loca, que se apoyaba sobre el corazón del novelista.

Los ojos de la virgen estaban llenos de lágrimas, su expresión era la del amor más acendrado... pero loca, sí, loca; faltaba allí un testigo, la razón... Aquella soledad en que se vio con el cuerpo de una mujer hermosísima, aterró a Octavio al mismo tiempo que le excitaba al crimen. Besar aquella boca, gozar de aquella criatura inocente... era una especie de pecado peor que el abuso más asqueroso de la infancia, era peor que la más infame de las abominaciones... y con todo, ¡qué sabor fuerte, salvaje, irresistible, original y terriblemente corruptor tenía aquella voluptuosidad que se le ofrecía tan cerca!...

—Elena, Elena; ¿me quieres tú a mí, eres mía?

—Sí, sí, sí... te adoro —dijo la loca.

De pronto Octavio todo lo vio rojo; mejor, no vio nada... su cabeza se inclinó sobre aquella de ángel sin razón, que tenía

debajo... y en aquel momento un rumor de las hojas, más fuerte que el de la brisa, le hizo volverse y mirar a su lado.

A pocos pasos, entre el seto de rosas apareció Carmela, toda blanca, con los ojos levantados al cielo, las manos cruzadas. Andaba como una sonámbula. Nada veía de cuanto la rodeaba.

—Es mi hermana, la pobre loca —advirtió Elena poniéndose en pie de un salto—. Ven, escondámonos, observémosla; verás cómo se le aparece Jesús.

Sin salir de la glorieta, se escondieron Octavio y Elena en un rincón oscuro, entre la hojarasca del jazmín y la madreSelva. Elena oprimía su cuerpo contra el de Ortega con todo el descuido de la absoluta inocencia, procurando así hacer menos bulto. Y metiéndole los labios por el oído, y quemándole con el aliento, le decía:

—Mira; la infeliz ha heredado el espíritu loco de una ascendiente nuestra. Existe en los anales de la historia de los míos, que mi padre conserva, como buen psicólogo moderno, la herencia de la triste enfermedad de mi hermana. Uno de nuestros abuelos, los de mi padre, tuvo una hija, loca también y mística... y así... en esta familia de mi padre, por parte de su madre, y siempre de mujer en mujer, jamás en los hombres se ha repetido con frecuencia el terrible misticismo loco. El de mi hermana se exaspera con la ausencia de Jesús... pero en cuando el Amado llega, se calma. Mira, mira...

Carmela, de rodillas sobre la arena del camino, expresaba terrible angustia en su hermoso rostro pálido. Un murmullo gutural que fue creciendo hasta ser grito desgarrador, salió de su boca entreabierta...

—¡Jesús, Jesús, ven; ven Amado!... —pudo decir a grandes voces...

Y a la luz de la luna, entre unos árboles de espesas ramas, apareció Jesús, con larga túnica morada, la cabeza de melena abundante, ceñida por corona de espinas, los pies descalzos, un brazo tendido a lo largo del cuerpo, el otro hacia Carmela.

La mujer se postró hasta besar la tierra; la aparición se acercó a ella con paso grave, la colocó una mano sobre la cabeza escondida, y después de inclinarse, le habló cerca del oído palabras reposadas que no llegaban a Octavio. El cual sintió escalofríos. Elena, nerviosa, sin darse cuenta de lo que hacía, se ceñía al cuerpo del pobre esposo.

—¿Ves cómo la engañan? A mí no; tú eres mi amor verdadero, no una sombra; eres mi esposo, el esposo de mi alma; —y se le colgó al cuello, extasiada.

Octavio, embriagado por aquel ambiente de mujer hermosa y virgen, ya no tenía conciencia... pero un terror supersticioso le contenía... ¡Aquella aparición!... ¿Qué Jesús era aquél?

Pronto lo supo.

Elena, como inspirada, le dijo al oído:

—Sígueme. —Y de la mano, le llevó tras sí. Atravesaron el sendero donde Carmela continuaba postrada a los pies de Jesús, que la hablaba al oído.

Al pasar de puntillas, los esposos cerca del grupo místico, Jesús levantó la cabeza, miró a Octavio, le sonrió dulcemente, y poniendo un dedo sobre los labios, hizo un gesto de suprema elocuencia, en que Ortega tuvo que leer esto: «En tus manos encomiendo mi honor; yo, **Jesús**... y padre, respondo de la pureza de mi Carmela; tú, hombre... y falso esposo, respóndeme de la pureza de mi Cristina.»

Sí, sí, seré un santo, pensó Octavio ruborizado, al ver aquel padre amoroso disfrazado de Nazareno ante su hija loca.

El piano a lo lejos tocaba el tercer acto del **Fausto**, el final.

Elena llegó a la puerta de la casa.

—Ahora adiós... voy a hablarte desde esa ventana... por dentro. Y echando los brazos al cuello de Octavio le dijo:

—El amor sólo llega hasta aquí. —Y desapareció.

Un minuto después se presentó en la ventana, sin más ropa que el jitón vaporoso.

—Acércate, esposo mío —dijo su voz armoniosa, cual rumor de muchas aguas.

La luna se reflejaba en los vidrios de la ventana. Octavio, sin saber lo que hacía, apoyó la cabeza en la pared y echó a llorar... Estaba enamorado de una loca, sí, estaba seguro.

El piano hablaba del **Fausto**, de la escena del jardín... como la realidad. Margarita, en la ventana; él, el seductor, allí debajo... ¿qué hacer?

Elena le decía:

—Ven, ven, ¿qué tienes? ¿Por qué lloras? Lloro en mis brazos; ven...

—No, no, alma mía... cierra... hasta mañana... cierra...

—Ven, ven, hablemos de nuestro amor puro...

—No, no..., cierra...

Elena irritada, cerró de repente.

—¡Oh! Espera —gritó Octavio furioso. Y se arrojó hacia la ventana, que rechazó sus ímpetus. Mil deseos ardientes despertaron en su pecho como víboras... «¡Oh! Fausto, Fausto, soy Fausto... pero idiota... he perdido el paraíso del amor... ella es mi esposa, ella lo dice...» y golpeaba la madera como un demente...

En aquel instante se separaban Jesús y Carmela, allá a lo lejos envueltos por la claridad de la luna...

Carmela, con los ojos humillados, volvió ya tranquila, a su aposento.

Jesús... se quedó solo paseando por el jardín. Su silueta sagrada, mística, santa cruz en la sombra de la nada, en la falsedad y el engaño, difundía un aroma de piedad en la noche clara de luna llena... —Sí —se dijo Octavio—, es la escena del jardín de Fausto... pero, en último término, no está Mefistófeles que se burla, sino Jesús... que me agradece lo que hago. —La sombra del Nazareno suavizaba el espíritu de Octavio. Las malas pasiones huían ante aquel perfil de Cristo.

—No es Jesús... pero es su **padre** —pensó Octavio.

Y tras una pausa, golpeándose la frente, añadió:

—Sí, sí, venció hoy el deber; pero, ¿y mañana?

CLARIN

PALOMARES

(FRAGMENTO DE UNA NOVELA)

MOSQUÍN

Las seis. El tren-correo pasa por Veriña a las seis menos cinco. Mosquín tiene que recoger la correspondencia para Palomares y Campal, y todavía se le ve allá muy lejos, subiendo la cuesta de Entrepeñas a la carrera.

—¡Corre, corre, Mosquín! —le grita el peón caminero.

Mosquín no contesta más que con un signo de cabeza, y levantando más las piernas, de modo que casi se pega con ellas en la espalda. Y no lleva zapatos.

—La culpa la tiene el perro de Pinón de Pepa, va pensado el infeliz muchacho, mientras aprieta los puños y echa atrás los codos.

El perro de Pinón todas las tardes le disputa el paso en la carretera. Pinón de Pepa dice que la culpa la tiene Mosquín; que el perro es noble, pero que en haciéndole una, jamás la olvida, y por eso.

Ello es que aquel delegado del Gobierno traba todos los días singular batalla con el **Sultán**, emplea en conseguir una victoria que parece una fuga, un buen cuarto de hora, y llega casi siempre tarde al tren.

La misión de Mosquín no se reduce a coger el correo que viene, sino que además ha de dejar las cartas que van a Gijón y de allí vuelven por la línea de Oviedo a espaciarse por toda España. De donde resulta, que las cartas de Campal y Palomares llegan muchas veces a su destino con un día de retraso, por culpa del perro de Pinón de Pepa.

El peatón-correo en propiedad no es Mosquín, sino su padre, que está viejo y baldado, y con permiso de la autoridad delega sus funciones en las piernas de su hijo, muchacho de quince años que

apenas abulta lo que uno de diez medianamente criado. Mosquín las más de las noches sueña que va corriendo unas veces, y otras volando por la carretera; y hubo ya noche de soñar que era una diligencia. Buenos pescozones le cuesta en la **estafeta** de Palomares el no ser diligencia de veras. Porque él corre tanto como los caballos de alquiler de Pepe Telmo, el alquilador de Palomares; pero tanto como los coches no puede, aunque ya lo ha procurado en varias ocasiones. Y eso que, a la vuelta de Veriña, cuando le sorprende la noche en el bosque de Carrió, el miedo le pone alas en los talones. A su padre se le hicieron veneno los años de la vejez, por culpa del oficio, y a Mosquín, el andarín heredero, se le están agriando la infancia y la adolescencia, con las carreras de ida y vuelta. Come bien, pero todo lo gasta en sudores, y está como una espina. Su color es el del afirmado de la carretera. El pelo negro, cortado a punta de tijera, parece peluca gris, y llenas de polvo siempre las grandes cejas y las pestañas rizadas, largas y sedosas, que sirven de dosel a dos ojos muy negros y llenos de asombros y quimeras.

Mosquín es un poeta de quince años; su musa, el miedo. La expresión de su rostro de ángel escuálido, es [de] una seriedad prematura y de soñador. A pesar de sus recios músculos, es de facciones afeminadas.

Cuando estuvo en Palomares, de paso, el Conde Patricio, los pillos de playa, al ver a la niña que el **cómico embrujaba** clavándola agujas en las muñecas, exclamaron:

—¡Ay, ay; se parece a Mosquín! Y la llamaron la Mosquina.

El peatón-mosca no vio trabajar al Conde y los suyos, porque él nunca veía la **comedia**; no tenía tiempo. Correr y más correr, ir y venir, eso era lo que él hacía. Los encontró, sí, en la carretera; viajó al lado del carro que los llevaba largo rato, según su costumbre. Tentaciones tuvo de escaparse con ellos, si le querían. Pero se acordó de su abuelita, y en llegando a la estación tomó la correspondencia y se volvió a Palomares.

Aquella noche al acostarse, muerto de cansancio como siempre, le pidió un beso a la abuela, ciega, metida en cama hasta la muerte, y le dijo al oído:

—Abuelina: si todo lo que yo he corrido yendo y viniendo de Palomares a Veriña, de Veriña a Palomares, de Palomares a Campal, de Campal a Palomares; si todo eso lo hubiera corrido a lo largo, a lo largo... ¡qué lejos estaría a estas horas de tí!

¡Lo que él quería a su abuela, porque no tenía madre!

—¡Abuela, abuela! gritaba llorando, años atrás, cuando aún no era correo interino y jugaba en el campo de la Braña con los pilletes sus coetáneos, que le machucaban lindamente entre todos; porque uno a uno se le atrevían rara vez. La abuela acudía con la muleta enhiesta y repartía, a palo limpio, justicia distributiva. Ahora ya no podía acudir al socorro de Mosquín en los casos de apuro. Verdad es que ya nadie le molestaba, como no fuese algún mocetón de la aldea, de los que volvían de alguna romería por Entrepeñas, borrachos y garrote al hombro. Los de su edad no se metían con él; pero tampoco tenía grandes amistades. Su oficio no le dejaba tiempo para intimar con sus pocos amigos, y, valga la verdad, el andarín tenía un defecto que en Palomares, villa metida en el mar hasta las cachas, era una ignominia según el código de honor de los pillos de la playa: Mosquín no sabía nadar. Por tierra todo lo que se quisiera; pero por mar, ni un paso. Se iba al fondo enseguida. A la edad en que otros aprendían a flotar, de cinco a ocho años, a él le habían dado varias bromas pesadas, tal como tirarle vestido desde el muelle al agua, y había cogido un miedo invencible a las olas. No se embarcaba jamás. Si, por hacerle rabiar, le metían a la fuerza en un bote, se agarraba con las uñas a una escalera o a un cable de los que sujetan las lanchas, y trepaba hasta llegar a tierra firme, para huir llorando a gritos y clamando:

—¡Abuela, abuela, que me quieren ahogar!

No le gustaba el mar más que de lejos. ¡Oh, y de lejos mucho, ya lo creo; más que a todos!

A veces, cuando iba con tiempo sobrado, después de la cuesta de Albandi, se paraba a descansar en un prado de Carrió que tiene un gran pino, como una palmera, y una yerba que parece cortada a tijera, muy verde y limpia como si fuese alfombra de terciopelo. Allí se sentaba, debajo del pino, y horas y horas permanecía ensimismado mirando el horizonte y las velas blancas, heridas por el sol poniente. Después, cerca de la noche, aquellas cabritas, que tal se las figuraba, que estaban por allí esparcidas pastando en aquel gran prado azul, se iban acercando todas al aprisco, que era el puerto; y Mosquín se levantaba entumecido, sacudía la pereza y los ensueños, y echaba a correr; a correr, que era su destino. Para él no eran los juegos de los muchachos, ni el salto, ni el pío-campo, ni el cachipote, ni la piñota; las pocas horas que el Gobierno le dejaba libres, las empleaba en comer y dormir, y lo poco que holgaba despierto, no lo quería para cansarse inúltimente. Si quería

satisfacer la necesidad de divertirse, que en el niño es ley de naturaleza, ingeniosamente combinaba con su trabajo el recreo de jugar a los alfileres, a pares o nones, poniendo por condición a la parte contraria que le acompañase un trecho del camino.

La cosa se hacía de esta manera. Mosquín cargaba con su gran cartera de **Correo** (con letras de metal amarillo), emprendía el viaje por el atajo, como siempre, y otros muchachuelos, los más aficionados a la ganancia, consentían en acompañarle a paso largo, y a veces al trote; y unos a otros mientras andaban, se enseñaban un puño cerrado.

—¿Pares o nones? decía el amigo caminando al lado o delante de Mosquín.

—Pares, decía Mosquín, corriendo también.

Ganaba o perdía, y se entregaban los alfileres o los botones sin pararse nada y religiosamente. Cuando la ley del juego se desconocía por alguno, o era dudosa (como suele suceder; hay grandes antinomias en los juegos de los chicos y la autoridad no ha pensado en esto), se discutía el punto de debate o se llamaba al orden al delincuente, sin dejar de correr, a no ser que llegase el caso de repartir puñadas y coces; entonces Mosquín se defendía o atacaba procurando no perder camino.

Otras veces se jugaba a un juego que llamaban **goncia**, Dios sabe por qué, que consistía en tocarse unos a otros, y el tocado tenía que dar a otro, y así hasta que se cansaban. Pues con Mosquín, para jugar a **goncia** era condición indispensable correr siempre hacia adelante: así se divertía y adelantaba camino.

Como es fácil comprender, no siempre encontraba el andarín quien se prestase a jugar en tales condiciones, y las más de las veces solito se iba desde Palomares a Veriña, de Veriña a Palomares, de Palomares a Campal, de Campal a Palomares. Para él no había día de fiesta; cuando llegaba la **comedia** al pueblo (titiriteros, polichinelas, músicos con monos y perros, cómicos, propiamente dichos, etcétera), Mosquín no disfrutaba del espectáculo, según va indicado. Por el verano, el gran tiempo, cuando acudían a Palomares, Campal y Luanco los señores bañistas y había para los pillos de Palomares (allí siempre llaman pillos a los niños pobres, hijos casi todos de marineros) grandes regocijos públicos y no poco provecho, según se verá más adelante, Mosquín oía con embeleso, hecha la boca agua, todas aquellas maravillas; pero no tomaba casi nunca parte en tamañas fiestas.

Sin embargo, él también quería el verano, porque en este tiempo viajaba más acompañado. Cuando algún bañista llegaba a Veriña, Mosquín se le presentaba ofreciéndole sus servicios de peatón-correo en comisión, y le decía que en casa de Ignacio había tartana para ir a Palomares y Campal; que el coche no era diario; si había más de tres pasajeros salía, y si no, no. Lo preferible era tomar un caballejo que tenía Ventura el estanquero. Cuando el viajero se decidía por el caballo, Mosquín veía el cielo abierto. Sin pensar en el vil interés, se prestaba a servir de **espolista** (espolique), sólo por el gusto de ir cerca del forastero, corriendo al lado del tordo de Ventura, jadeante, con la lengua fuera, la cartera del **Correo** saltando sobre la espalda, pero incansable en preguntar, siempre anhelando lucir su buen ingenio y saber portentos de tierras extrañas. Si el **señor** era embustero, Mosquín se lo agradecía y le animaba y sonsacaba para que dijera mayores mentiras; lo que él quería era oír cosas estupendas, maravillas de distancias, riquezas, peligros y demás sucesos y seres extraordinarios. Cuando el viajero dudaba en soltar una buena **bola**, él preguntando suplicaba que saliese lo más grande posible. Por ejemplo:

—¿Cuántas leguas habrá de aquí al pueblo de usted?

—Habrá unas...

—¿Unas **milenta**? preguntaba el chiquillo con los ojos inflamados de asombro, con la pasión del portento.

—Sí, unas mil habrá, decía el otro.

Y el espolique callaba un rato para ir admirándose a sus solas y figurándose el camino de las **milenta** leguas.

—¿Habré yo andado ya **milenta** leguas desde Palomares a Veriña, de Veriña, etc.? decía por lo bajo su ambicioso pensamiento. No, todavía no, ¡quién! Pero cuando sea como mi padre de viejo, si sigo de correo, habré andado mucho más.

Una vez le habló un viajero de marinos, que tantas vueltas habían dado por el mar, que ya tenían en el cuerpo millas de sobra para haber podido llegar hasta la luna.

—¡A la luna! exclamaba Mosquín. ¡Ese es un viaje, y no ir y venir de Palomares a Veriña, de Veriña a Palomares!

A pesar de sus instintos de viajero universal y hasta interplanetario, Manolín (éste era su nombre en diminutivo), amaba el camino de Veriña a Palomares con el alma hecha toda raíces pega-

das a aquella tierra. Viajaba mucho con la imaginación; pero en todos los países lejanos y maravillosos que él se figuraba, había castañares como aquéllos, ríos como el río Aboño, paneras con sus cuatro **pegollos** (pies de piedra), maíz en la tierra o colgado en los hórreos, cerezos y manzanos, prados de menuda yerba, espesa y reluciente, vacas meditabundas que producían al mover la robusta cerviz melancólico son de campanillas; perros que al oscurecer ladraban a lo lejos; chirridos de insectos en los senderos de los atajos a las doce del día y al comenzar la noche; conciertos de ranas al ponerse el sol; dúos de sapos, tristes dulcemente, junto a los charcos de las callejas, donde cada árbol llega hasta el vecino de enfrente con sus ramas, y de noche da más sombra en la sombra...

Todo aquello que, colores, líneas, aromas, ruidos, luces y sombras, alegrías o miedos, armonías o estruendos, tenía llena el alma del poeta adolescente, correo-peatón interino, lo veía Mosquín en cualquier país que soñaba, aunque fuese todo él de oro o plata y las casas castillos con princesas; como en los cuentos de D. Genaro el de la estafeta (personaje del capítulo siguiente).

En cuanto a las princesas que habitaban los países imaginarios que recorría el peatón en miniatura, solían ser muy parecidas a las damas de la corte que él tenía el honor de acompañar desde Veriña a Campal o Palomares.

Era Mosquín muy enamorado, como buen soñador, y bastábale un viaje de hora y media hecho al lado de una de aquellas bañistas elegantes que venían de Madrid y de más lejos, para sentirse traspasado por un profundo amor que le llenaba, si no el corazón, la cabeza de dulcísimos ensueños, muy parecidos en su pereza dolorosa, a las tristezas del viento, susurrando entre los árboles del bosque de Carrió, a la melancolía de las desiertas marismas del Aboño, a los misteriosos ayes de todo el valle a la hora de comenzar la noche...

El que piense que es inverosímil este Mosquín enamorado de princesas imaginarias, semejantes a damas de carne y hueso, espere, antes de juzgar, a conocer al citado D. Genaro el de la estafeta, personaje importante de esta verídica relación, versado en literatura contemporánea, y que de haber sido menos borracho, hubiera ocupado un puesto envidiable entre los críticos de nuestra época.

Ya explicaremos cómo y por qué este D. Genaro leía tantas novelas de Pérez Escrich, Fernández y González, Tárrago y Mateos, Parreño, Cantón y otros escritores de la misma escuela. Por ahora

baste decir que Mosquín había oído a su digno jefe relatar el **argumento** de innúmeros libros de imaginación, y a la suya habían llegado transformados y mejorados sin duda por la elocuencia del estafetero, muchos dechados de romanticismo casero, como v. gr.: Roque, el cura de aldea; la señorita de que este Roque estuvo enamorado y de cuyo nombre yo no me acuerdo, sin que esto importe a la verdad de mi historia; Rafael, el héroe de **El corazón en la mano**, su novia y otros muchos seres ideales, que podrán ser más o menos ridículos a los ojos de un crítico imberbe de esos que ya no creen en la estética de Hegel y alborotan el Ateneo; pero que en el pensamiento de Manolín, el peatón interino, se transformaban en pulquérrimos tipos de belleza psicológica y material.

Debíase, repito, esta transformación y mejora, en parte al valor nativo de la fantasía pura del niño, y además a las alteraciones del narrador, D. Genaro, que mezclaba sus sueños con los de Fernández y González, por ejemplo. Yo siento que la verdad histórica me obligue a reconocer este abolengo de las fantásticas invenciones de Mosquín; pero tan prosaico origen no impedía que las visiones del pobre correo fuesen tan poéticas y limpias de todo elemento cursi, como verá el que leyere.

CLARIN